

El susto de la balanza de pagos

Las cifras del comercio exterior en el mes de abril han sorprendido a los más incrédulos: las importaciones han alcanzado el record histórico de 90.880 millones de pesetas, mientras que las exportaciones sólo han sumado 35.996, dando lugar a un déficit comercial de 54.884 millones, tan sólo superado en la historia por el alcanzado en julio del año pasado, con 56.000.

A la luz de estos datos, los resultados del primer cuatrimestre del año 1975 no pueden ser menos alentadores: un déficit comercial que supera los 3.000 millones de dólares, lo cual legítimamente hace pensar en la posibilidad de alcanzar a final de año los 9.000, es decir, 2.000 millones por encima de los desastrosos resultados record de 1974.

Peró la gravedad de la situación del sector exterior no se queda en las cifras que reflejan las dificultades de la balanza comercial. La balanza por cuenta corriente, es decir, la que incluye el conjunto de las transacciones en bienes y servicios y las transferencias, refleja un déficit de 1.117 millones de dólares en el primer trimestre del año, frente al déficit de 643 millones que existía para igual período del año anterior. Dado que el saldo de la partida de capital a largo plazo presenta un superávit de 650 millones de dólares en el primer trimestre, la balanza básica aparece con un déficit de 466 millones: a ojo de buen cubero, ya estamos en los 2.000 millones a final de año.

Sin embargo, conviene hacer algunas precisiones. En primer lugar, relativas a la propia marcha de importaciones y exportaciones. Los expertos no dejan de sorprenderse del crecimiento tan fenomenal que mes tras mes, durante todo lo que llevamos de 1975, registran las importaciones. En una situación claramente recesiva y cuando algunos analistas afirman que el ritmo de crecimiento de nuestra economía se aproxima mucho al cero, ¿cómo es posible que se mantenga esa demanda de importación? Los primeros sorprendidos son los propios dirigentes de la economía, como se demuestra leyendo la última nota publicada por el Ministerio de Hacienda: «El notable vigor puesto de manifiesto por las importaciones en los dos primeros meses de 1975 ha de analizarse con cautela, puesto que se ha reducido extraordinariamente la estancia de las mercancías en Aduanas, implicando una aceleración de las operaciones de importación que ha inflado las cifras. Sin embargo, los datos de marzo, no influidos ya por esa circunstancia, muestran también un alto nivel...». ¿Y los de abril? Es lógico pensar que existen razones concretas que explican el fenomenal salto del último mes, y es probable que en parte a ello haya contribuido el acumularse de

operaciones importantes contratadas anteriormente, o incluso a operaciones de compra realizadas en previsión de una próxima subida del petróleo. Pero no es menos consecuente deducir de las cifras que, razones concretas aparte —y en marzo se dijo que la culpa la tenía el azúcar, por ejemplo—, la tendencia es a mantenerse mensualmente por encima de los 70.000 millones. Y eso a la espera de lo que pase en los próximos meses, en los que no cabe duda de que se producirá un nuevo aumento del precio del petróleo —producto que constituye aproximadamente el 30 por 100 en valor del total de nuestras importaciones—.

Se dice que el crecimiento del valor total de las licencias y declaraciones de importación en los úl-

ha dicho esta semana el ministro de Comercio, es el único capítulo con el que efectivamente podemos contar para sanear nuestra balanza de pagos. Pero aquí también existen graves dificultades. La recuperación que parecía haberse iniciado en enero y febrero se vio frenada en marzo, y los 35.000 millones de abril no indican una clara mejoría. La debilitación de los mercados exteriores, sobre todo para nuestros productos agrícolas, pero especialmente la elevación de nuestros precios, que hace perder competitividad a los productos, explican esta situación ante la que pocas cosas cabe hacer sino es, como elemento auxiliar, poner en práctica una efectiva política de fomento a las exportaciones. ¿Se está aplicando realmente? Instrumentos existen y los que contienen las medidas hechas públicas en el «Boletín Oficial del Estado» del 9 y 10 de julio de 1974 podrían servir de mucho si se aplicaran con decisión y totalmente, como al parecer no se está haciendo. Pero, como se desprende de lo que antes decíamos, lo que hace falta es una

con relación a 1973. Las remesas de emigrantes, y casi todas las opiniones coinciden a este respecto, se reducirán entre un 10 y un 15 por ciento, por lo menos; en definitiva, nos espera, a menos que no cambien mucho las cosas, un déficit de la balanza por cuenta corriente de más de 3.500 millones de dólares.

¿Van a cubrir las inversiones extranjeras este bache? De partida digamos que el superávit de 650 millones de dólares que presenta la partida de capital a largo plazo en el primer trimestre, y que señalábamos al principio, debe ser revisado a la luz de los 372 millones de dólares que entraron en el mes de marzo procedentes de las «oil facilities» del Fondo Monetario Internacional. Es decir, que, como no cabe esperar más inyecciones de árnica de este tipo, por lo menos importantes, el total de esta partida podría alcanzar a final de año los 1.400 millones de dólares. Eso suponiendo que se mantenga el ritmo de la inversión extranjera registrado durante el primer trimestre. Y aquí no cabe ser optimistas:



La gravedad de la situación del sector exterior no se queda en las cifras que reflejan las dificultades de la balanza comercial. (En la foto, panorámica del puerto de Barcelona.)

timos meses —es decir, de la demanda de importación y no de las operaciones efectivamente realizadas— oscila entre el 8 y el 5 por ciento, frente a cifras del 50 ó 60 por 100, sobre 1973, a mediados del año pasado. (Las tasas de crecimiento disminuyen, pero la demanda de productos importados no decrece, situación que a estas alturas ya debía haberse producido, a tenor de la coyuntura, como decíamos. Frente a ello, a las autoridades económicas no les caben más que dos soluciones: o esperar a que se contraiga la demanda interior de productos extranjeros o aplicar medidas drásticas de contención, integradas o no en un plan de estabilización. Una política de sustitución de importaciones por producción nacional es imposible de aplicar como medida coyuntural.

En la otra cara de la moneda están las exportaciones, que, como

política real de contención de precios, que es la mejor garantía de que podamos seguir exportando. Y eso no parece que sea posible, por el momento.

En definitiva, el déficit comercial no va a reducirse sustancialmente. Las pequeñas variaciones que en uno o en otro sentido vayan a producirse son imprevisibles, dada la incertidumbre que reina actualmente. Más fácil es de predecir la marcha de las restantes partidas fundamentales de la balanza por cuenta corriente: turismo y remesas. Con respecto al primero —los ingresos por este concepto han crecido de enero a marzo en un 25 por ciento, que teniendo en cuenta la tasa de inflación viene a suponer un incremento real del 5 ó 6 por ciento—, cabe suponer que las cifras finales del año serán muy similares a las de 1974, que ya supusieron una reducción significativa

se están produciendo descensos —muy leves por el momento—, aunque habría de tenerse en cuenta la inercia inversora de proyectos de gran envergadura y anteriores a la crisis actual, como, por ejemplo, la Ford. La inclusión de las inversiones en inmuebles en la reglamentación general de inversiones extranjeras, restando muchas posibilidades de especulación atractiva, tampoco juega en este sentido. Y, por último, está la posibilidad de que se produzcan desinversiones, como al parecer va a ocurrir en breve en el sector energético. La situación política tampoco va a jugar favorablemente en este campo tan crucial, dada la orientación de nuestra economía.

En última instancia, la balanza básica, el resumen final de todas las partidas, puede fácilmente registrar un déficit de más de dos mil millones de dólares al final del

año, y ello sin tener en cuenta la inminente subida del petróleo. ¿Cómo se va a financiar este déficit? Cabría pensar que nuestras reservas disminuirán en igual cantidad. Pero tanto los resultados del año pasado —déficit básico de 1.700 millones y reducción de las reservas de tan sólo 800, aproximadamente— como los del primer trimestre de 1975 —déficit de 466 millones y reducción de 227— indican claramente que el Gobierno prefiere seguir una política de endeudamiento exterior a desprenderse de las reservas. ¿Va a ser posible continuar con esa política? Por el momento parece ser que sí, y que el fondo Kissinger de veinticinco mil millones, creado por la OCDE con este fin, facilita las cosas. Pero todas las gangas tienen un límite y además hay que pagar los préstamos y sus intereses. Ya se han señalado repetidamente los peligros de esta política, pero habría que añadir que la fiabilidad

internacional, en todos los terrenos, es condición casi «sine qua non» para poder llevar hasta el fondo, como ha hecho Italia, una actuación de este tipo. El riesgo es gravísimo.

Nadie se engaña sobre lo delicado de la situación. Los portavoces del Gobierno insisten en que la situación de la balanza de pagos es el tema crucial de la actual coyuntura económica, aun cuando manifiestan un gran optimismo en cuanto a su superación. Otras fuentes, más drásticas a este respecto, no dudan en vaticinar que, de seguir así las cosas, estamos muy cerca de un plan de estabilización, con todas sus consecuencias dramáticas, que frenaría las ya escasas posibilidades de crecimiento de la economía y crearía una situación social insostenible. Y en esta ocasión, el «irse a Alemania» no sería un recurso posible. ■ CARLOS ELORDI.

MADRID

La nueva solidaridad de los actores

● Insólito y estimulante, el gran festival celebrado en el pabellón deportivo del Real Madrid ha constituido una sintomática muestra de una conciencia solidaria y crítica del conjunto casi total de los artistas, que en función de situaciones anteriores se veían obligados a caminar divididos. No hay más que echar una mirada al pluralísimo cartel de los cantantes y actores reunidos en el festival, para comprender que la doble unión determinada por el desgraciado accidente de Gloria Rognoni, del grupo catalán Els Joglars, y por la práctica colectiva derivada de los últimos acontecimientos reivindicativos de los profesionales del espectáculo no es más que una sola respuesta humana, libre, de un grupo profesional y de un tipo social, el artista, ante una situación general y ante sí mismo. «El artista» (¡ahí es nada!) —«son adorados/son calumniados/como dioses de barro»—, narcisista, independiente hasta la insolidaridad en la confusión de la Gran Farsa no montada por él decide, «después de tanto silencio/representar su papel», cuando se dan las mínimas condiciones para ello, tal como se dio en la canción-acción final interpretada por Víctor Manuel y coreada por todos los cantantes, actores y artistas plásticos presentes en el escenario, con el público aplaudiendo de pie entre una lluvia de claves. Flamencos, melódicos, humoristas y comprometidos, he aquí los artistas que intervinieron durante las cuatro horas que duró aproximadamente el festival: Rosa León, Lola Flores, Aguaviva, Fernando Unsaín, Raphael, Rocio Dúrcal, Julia León, Enrique Morente, Concha Márquez Piquer, Sara Montiel, Alberto Cortés, Daniel Velázquez, Joan Manuel Serrat, Ju-

lio Iglesias, Junior, Pablo Guerrero, María del Mar Bonet, Ovidi Montllor, Mari Carmen y sus muñecos, Marisol, Miguel Ríos, Rocio Jurado, Tedy Bautista, Tip y Coll, Vicky Lussón, Paquita Rico y Víctor Manuel, presentados por Mónica Randall, María Cuadra, Concha Velasco, Lola Gaos y José Sacristán. La organización, a cargo de los mismos actores, constituyó un éxito rotundo en todos los sentidos y contó con la presencia de unas seis mil personas, lo que supone una recaudación que debió superar los dos millones de pesetas.

Otra colaboración que ambientó el festival fue la de los artistas plásticos, que proyectaron diapositivas sobre la marcha en una interpretación tan libre como crítica y desenfadada de los temas musicales que se estaban interpretando. De los temas «camp» de Sara Montiel a la ironía fría, caliente, de Ovidi Montllor, se desarrolló ante nosotros un variadísimo muestrario de corrientes y estilos dentro de la música popular que hoy se escucha en nuestro país. También en este sentido, el festival ofreció numerosas sugerencias para una consideración dinámica de la música y de la canción igualmente divididas —cuando no horrorosamente uniformizadas—, tanto en las formas de su producción y en sus productos, como en los gustos derivados de los grupos sociales o de las clases de que se procede. Baste señalar en esta ocasión las reacciones del público favorables al flamenquismo de una Lola Flores, o a lo comercial melódico de un Miguel Ríos, y ante el que Raphael de pronto interpreta a Violeta Parra o del que Julia León, interpretando a pelo una difícil tonada castellana, recibió la respuesta menos calurosa de la noche. ¿Qué

hacía allí, cómo se podía entender —como nos dijo la actriz Julia Peña— a aquella mujer sin efectismos de ninguna clase, riendo y dando gritos, a estilo pueblo, con la misma naturalidad con que hace unos días la he visto entre los obreros de los barrios sevillanos y con resultados tan opuestos al éxito allí cosechado? En realidad, la representación de los cantantes críticos sin indumentaria especial ni juegos de luces, actuó con un grado de inferiorización —¿reto en Ovidi?—, a mi parecer, roto de todas maneras rotundamente por la interpretación impresionante del vasco Fernando Unsaín, con un tema traducido del euskera; sin duda alguna, el más

importante creador actual de la canción vasca.

Dire, para terminar, que se recibieron telegramas de Gloria Rognoni y de Els Joglars expresando el agradecimiento a sus compañeros por un acto que no sólo por la lógica solidaridad profesional, sino por todo cuanto se dio en su montaje y desarrollo, hace posible una nueva imagen más auténtica y renovadora de nuestros «cómicos». O como dice la canción de Víctor Manuel, que cerró coreada por todos el espectáculo: «Quién le ha visto y quién le ve/discutida en el café/la interminable cuestión/de si son o si no sons». ■ FRANCISCO ALMAZAN.

EDUCACION

Los problemas de Bellas Artes

● El viernes 16 de mayo, cuatro catedráticos de la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid (los señores Fuentes, Ecház, Guruchaga y Toledo) se entrevistaron con el director general del Patrimonio Artístico y Cultural. Los cuatro catedráticos formaban parte de la comisión nombrada una semana antes con vistas a un arreglo de los muchos problemas que los alumnos de Bellas Artes ven en su futuro profesional. De la reunión se salió con la siguiente conclusión: «Integración inminente de las Escuelas de Bellas Artes en la Universidad, con equiparación de títulos y con introducción de la asignatura de Dibujo entre las optativas del COU y BUP». A la vista de ello, la Comisión de Alumnos de la Escuela ha estimado innecesario prolongar las gestiones, por su parte.

Parece que los alumnos van a lograr (si otras Direcciones Generales están de acuerdo) buena parte de un programa reivindicativo por el que vienen luchando cuatro años, por los cauces legales, primero, y con huelgas, después.

A lo largo de los años y con los frecuentes cambios de planes edu-

cativos, los alumnos de Bellas Artes han visto disminuir la representación de su asignatura en el Bachillerato, desde los siete años en que llegó a estar en tiempos de la antigua Ley Moyano hasta su última reducción, tras la Orden ministerial del 18 de abril de 1975, donde la asignatura Dibujo desaparecía totalmente del COU y quedaba en los tres nuevos años del Bachillerato sólo en el primero de ellos con tres horas a la semana.

Hoy en España media docena de Escuelas Superiores de Bellas Artes: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao y Santa Cruz de Tenerife. Hasta ahora, la enseñanza se desarrolla en cinco cursos, tras la superación de un ingreso muy selectivo. Los alumnos estiman que en la actualidad la situación de la Escuela está en claro desfase con la realidad y que en buena medida la salida de este desfase se vería acelerada con la integración universitaria, lo que, entre otras cosas, acabaría con las irregularidades en cuanto a títulos. Hoy, al graduado en la Escuela que es catedrático de Instituto se le considera licenciado, pero no así a sus compañeros sin cátedra. ■

PRENSA

El oficio de empresario y el oficio de censor

● Una treintena de colaboradores de la revista «Destino» han dirigido la siguiente carta pública a Néstor Luján:

«Querido Néstor Luján: Con estas líneas queremos expresarte nuestra más absoluta solidaridad hacia tu persona y hacia lo que ella representa en el mundo del periodismo y de la cultura. Creemos precisamente que ha sido tu inteligente visión del periodismo y tu capacidad para comprender los complicados fenómenos de hoy —como explicaste hace unos meses en la entrevista de «El Co-

rreo Catalán»— lo que ha originado la diferencia de criterios con la nueva empresa editora de «Destino», motivando, inevitablemente, tu dimisión. Al mismo tiempo queremos también expresarte la repulsa que sentimos por los métodos empleados contigo por la citada nueva empresa que, despreciando el papel de director, ha censurado artículos y prohibido otros en una línea muy en contradicción con las exigencias de un periodismo que, alrededor de tu persona, intentábamos cubrir en esta nueva etapa de la revista.